



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Francisco Flores García, Caricatura de SANCHÁ



Para jardines, Valencia;
para gracia, Andalucía;
para industrias, Cataluña,
y para flores... García.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Tate quietecical, por Vicente Medina.—El prólogo de los *Cohetes*, por Juan Pérez Zúñiga.—Los gatos y los ratones, por Rafael Torromé.—Palique, por *Clavin*.—El mejor medio, por Diego Jiménez-Prieto.—¡No más feas!, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Martingala mística, por Antonio Teixeira.—Las bailarinas de París, por E. Gómez Carrillo.—La consulta, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Certamen de MADRID CÓMICO.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Flores García, caricatura de Sancha.—Pues estoy pensando..., Dime con quién andas... y En el tranvía, por V. Tur.—Cosas, por Cilla.—Malagueñas, por I. Medina Vera.



DE TODO UN POCO

Es verdad que los ladrones se introducen en las tiendas, ora por las alcantarillas, ora por la puerta de la calle, y se llevan el dinero con toda tranquilidad; pero también es cierto que la policía ejerce una gran vigilancia y no se da punto de reposo en la persecución de los criminales, más ó menos auténticos.

Dígalo, si no, lo que le ha pasado á un caballero mientras tomaba café honradamente en uno de los establecimientos de la Puerta del Sol.

De pronto, y cuando se entregaba á las delicias del Moka—dígame así—penetró en el local un inspector de mirada escudriñadora y ojo perspicaz, y, dirigiéndose al caballero, le dijo:

—Sígueme, *Reparao*.

—¿Cómo?—exclamó el caballero, lleno de asombro.

—Es inútil que finjas; te he conocido. ¡Andando, á la delegación!

—¡Pero esto es una infamia!

Y quieras ó no, el representante de la autoridad condujo al caballero á la delegación del distrito y allí hizo entrega del *delincuente* al delegado, muy satisfecho de su obra.

—¡Protesto!—gritaba el detenido.

—¡A ver!—decía el inspector sin hacer caso de nada.—Quitate el ojo.

—¿Qué ojo?

—El ojo de cristal. ¿Crees que me la das á mí? Tú eres el *Reparao*.

—Yo soy una persona decente.

El inspector, perseverando en su actitud enérgica, al par que corrosiva, quiso meterle al detenido un dedo por el ojo derecho, asegurando que dicho ojo era falso, y que él lo sabía de buena tinta.

Pero al ver que no había tal ojo y que el caballero continuaba protestando con energía, cayó de su burro y comenzó á decir que una equivocación cualquiera la tiene y que hay ojos engañosos.

Y digo yo: ¿No ha podido suceder que el individuo de la policía me confundiese á mí con el *Reparao*?

Nadie está libre de usar un ojo de vidrio y de parecerse al *Manitas* ó al *Morros*, acreditados rateros de esta localidad, y va por eso la policía á detenernos en la calle haciéndonos pasar por la vergüenza de que nos vean nuestras relaciones entre una pareja de guardias de Orden público?

En cambio el *Rata verde*, uno de nuestros primeros carteristas, cae en poder de la policía dos ó tres veces cada mes. Los vigilantes le conducen á la prevención; los inspectores le mandan á la cárcel; los periódicos dan la noticia... y después, el tan respetado *Rata verde*, sale á la calle libre de toda culpa para que tengan el gusto de volverle á prender los agentes de la policía.

En medio de este grato fejer y destejer desaparecen los relojes y las carteras de los transeúntes que es una bendición.

El número de los tomadores se pierde ya en la noche de los tiempos inverosímiles, y, dentro de poco, va á ser necesario salir á la calle de la mano de un guardia de Orden público, para que nos proteja en nuestras tribulaciones.

—Guardia, tenga usted la bondad de darme la manita, que llevo en este bolsillo una cartera con un billete de cinco duros y dos participaciones en otros tantos décimos de Navidad, y temo que me la roben.

—Bueno, agárrese usted bien—dirá el guardia—pero póngase usted un alfiler en el bolsillo por si acaso.

—¡Ay, guardia, cómo está el mundo!

—Muy malo, si señor; pero ¡qué le hemos de hacer!

Sólo así conseguiremos que los ladrones respeten nuestra propiedad, y aun es posible que, con guardia y todo, pase á nuestro lado un ratero y nos quite la cartera y las botas.

Ayer le robaron á una señora un bolsillo de peluche y un loro que llevaba envuelto en una servilleta.

Los ladrones, para lograr su infame propósito, hicieron uso de una jaula de perdiz, metiéndosela á la señora por la cabeza á guisa de sombrero.

Mientras ella hacía esfuerzos para quitarse la jaula, el portamonedas y el loro eran arrebatados violentamente de manos de la infeliz.

—¡Que me rroban!—iba diciendo el loro.

—¡Calla, condenado—contestaban los ladrones, apretando el pescuezo del ave parlante.

—Pero, ¿no hay policiaaaa en este país? ¡Ay, qué rrregalo!—seguía diciendo el loro.

El caso fué que la señora se quedó sin el bolsillo y sin el animal, y que, al paso que vamos, el mejor día nos quedamos todos los transeúntes sin la camisa.

Las personas robadas han resuelto evitarse molestias, ya que no puedan evitarse los naturales atracos, y cuando ven á los rateros les dicen con la mayor amabilidad del mundo:

—¡Hombre! Si me va usted á robar dígame con toda franqueza y no me meta usted jaulas. Al fin y al cabo sé que mi dinero ha de ser para ustedes...

LUIS TABOADA

AIRES MURCIANOS

¡Tate quietecica!

¿Nena, *tiés* azogue?

¡Jesús, qué chiquilla!

¡Ni que los demonios *tuviás* en el cuerpol...

¡qué criatural...

¡*Miá* que no has de estarte ni un *menuto* quieta!

¡*Miá* que es una brega *tóico* el santo día!

Que corro, que *sarto*, que rompo las sillas,

que *güelco* la zafa, que piso las sillas,

que el perro, que el gato,

que si los pollicos, que si las gallinas...

¡ni que *juás* de yerrol!

¡*várgame*, hija mía!

Te lo pido por *tóicos* los santos:

no seas *asina*;

¿no ves que te pones

la ropa *perdiá*?

¿No ves que te *estrozas*

y *t' haces* harina?

Por Dios te lo pido,

no seas malica;

¿no ves que no quiero, zagala, ponerte

las manos encima?

¿No ves que no quiero

pegarte, alma mía?

Tate en un *laico*,

siquiá una chispica...

tate en un *laico*, no me des más guerra,

¡*tate* quietecica!

.....
La nena *s' ha* muerto...

ya no se remueve ni *siquiá* una chispa,

ya no da más guerra,

ya... ¡*tan* quietecica!

VICENTE MEDINA



—... Pues estoy pensando en lo que he de meter *pa* sacar la capa.

—Dime con quién andas...
(Dibujos de Tur).

El prólogo de los «Cohetes».

(Libro inédito del joven poeta Deusdedit Criado).

Querido amigo Deusdedit: Recuerdo aquella mañana como si todavía estuviera transcurriendo.

Hallábame yo en el taller que destino á la confección de disparates productivos (vulgo despacho), y daba la última mano á unas seguidillas muy picantes que me habían encargado para la *La bandurria católica*, semanario de Villacarpanta, cuando el sonido del timbre de la puerta me hizo exclamar:

—¡Quién demonios vendrá á interrumpirme! ¡Maldita sea su estampa!

Poco después se presentó ante mi vista, que es muy corta, mi cocinera, que es muy larga, y me dijo con voz temblorosa:

—Señorito; ahí está uno.

—¿Uno? ¿Y quién es?

—Me ha dicho su nombre; pero se me ha ido de la mollera, porque es muy enrevesao.

—Pues anda y que te lo diga otra vez.

Fuese la Ruperta y volvió á los pocos instantes y la pregunté:

—¿Cómo te ha dicho que se llama?

—No estoy bien segura de si me ha dicho *Dominus tecum* ó *Laus tibi Christi*.

—¿Qué dices?

—Que es algo así como un latinajo de la misa.

Entonces caí en que se trataba de usted y exclamé:—¿Si será *Deusdedit*? y dije á la cocinera:—¿Te ha dicho si es Criado además?

—Eso sí que no. Su facha es de señorito, aunque está poco desarrollao.

—Bueno, pues dile que pase.

La doméstica se retiró, no sin dedicarme una sonrisa de tres duros mensuales.

Y usted pasó y me dijo que iba á lanzar unos *Cohetes* al público y que deseaba un prólogo mío: un *atrio*, como ahora lo llaman algunos. Agradecido á tal honor, le dije á usted que le complacería con mil amores.

«¡Muchos amores me parecen!» diría usted para su cazadora... En fin, usted me dió las gracias más expresivas y se fué á donde le dió la real gana.

Pero el caso es que le prometí lo que no puedo cumplir; porque me he puesto diecisiete veces á hacer un prólogo para los *Cohetes* y siempre ha estallado antes de subir. En una palabra: que no se me ocurre maldita de Dios la cosa.

Si los lectores han de ver por sí mismos lo que el libro contiene, pues para eso lo han adquirido ¿á qué decirles yo mal y de mala manera que los versos de usted son fáciles, y que posee usted gracejo, y que maneja usted bien el castellano, aunque su nombre de usted no lo es?

Y ahora que hablamos del nombre: no le pese á usted llamarse Deusdedit.

Aquí lo peor es llamarse Juan como yo, que es casi peor que llamarse Pedro.

¿Qué acaba en *te* su nombre de usted? ¿Y qué? ¡Otros acabarán peor!

Precisamente con llamarse Deusdedit tiene usted mucho adelantado para ser conocido.

Con tres buenos compañeros contamos en el oficio que, además de reunir méritos indiscutibles, han tenido la suerte de llamarse *Vital*, *Sinesio* y *Fiacro* respectivamente. Es decir; lo que no se llama nadie en el mundo.

¿Y quién duda de que á los lectores les llamó la atención la rareza de los tales nombres?

Hechas estas consideraciones, debo hacer á usted otras, que son hijas, ó cuando menos, sobrinas carnales de la experiencia.

Para obtener honra y provecho con la labor literaria á que nos dedicamos es absolutamente preciso: 1.º Procurar no ser imitador de nadie. 2.º Trabajar sin descanso; y 3.º Despreciar profundamente los *desahogos* de quienes no saben ni pueden llamar la atención más que con groseras manifestaciones de envidia.

El cartel y el dinero que justa ó injustamente he adquirido en los veintidós años que llevo de trabajos forzados, no tienen más base que la originalidad en mis producciones, la constancia en mi labor y la despreocupación más absoluta respecto al criterio de los *biliosos* cuando se hallan éstos en desacuerdo con el respetable público, que es el que pide y paga.

Por eso á usted, puesto que le quiero bien, le doy estos leales y sanos consejos, que es lo mejor que puedo hacer en la presente epístola.

Y conste que si usted no tuviese *madera* de escritor (que no es lo mismo que ser escritor de madera), nunca le hubiera dicho á usted «por ahí te pudras» en materias literarias. Le hubiera guardado las consideraciones sociales que se pueden guardar á cualquier Deusdedit del honrado ramo de lencería; pero nada más.

Usted todavía es joven (y Dios le conserve la juventud muchísimos años); usted tiene excelentes condiciones para cultivar con fruto el arte de Campoamor y de Carulla, y usted ha soltado ya muchos versos en este pícaro mundo.

¿Qué debe usted, pues, hacer? Continuar por el camino emprendido sin desmayo ninguno. Los desmayos déjelos usted para las características de piezas al uso, para las novias chasqueadas y para los maestros de escuela.

No pierda usted el tiempo en imitar á los que disertan sobre si

Mr. Rigolot es más ó menos *neurasténico* que Mr. Farwel, ú otras cosas parecidas; porque eso no da gloria ni dinero; lo comentan cuatro desequilibrados de cervicería céntrica; pero le aburre á la masa pública, que es á quien hay que entretener, aunque sea con frivolidades, siempre que éstas tengan algo de ingenio.

Animo, pues, y á cubrir de renglones desiguales muchas cuartillas, procurando en ellas hacer reír más bien que hacer llorar; porque en nuestros calamitosos tiempos es más lo que se estima una chirigota que lo que se admira una sentencia.

Luche usted, luche usted con fe (1); cobre usted por adelantado el precio de sus trabajos (si le es posible) y espere usted *sentado* el prólogo que me pidió para sus *Cohetes*.

Lo importante es que dispare usted todos los que tenga á mano, y que metan mucho ruido y, finalmente, que todos sean de esos que después de estallar producen lluvia de oro.

Siempre suyo afectuoso amigo,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Los gatos y los ratones.

Dicen que Diego Corrientes al llegar su hora postrera, les habló de esta manera, á sus deudos y parientes:

—Señores, he meditado, con reflexión detenida, que el gran dilema en la vida, es robar ó ser robado.

Debemos, pues, estudiar, no el fondo de este problema, sino solamente el tema de la forma de robar.

Pues, nadie, siendo sensato, en esta humana función, hará el papel de ratón pudiendo hacer el de gato.

Yo, la *carrera* emprendí sin meditación ni tino, y he equivocado el camino porque al camino salí.

Yo fui un *honrado* ladrón; á los ricos despoje, y en mi trabuco fundé mi derecho y mi razón.

Mas ví, tras muchos azares y grandes cavilaciones, que así roban las naciones, mas no los particulares.

Y, apurando la verdad, hasta el que es ladrón de Estados, da hoy día á sus atentados visos de legalidad.

Aquí, por tanto, es preciso resolver esta cuestión:

robar sin exposición, sin riesgo ni compromiso.

Es, pues, lo más acertado, que cualquier bandido cuco, adquiera, en vez de un trabuco, un título de abogado.

Hay también otras carreras, explotables de tal suerte, que su ciencia se convierte en ganzáa ó en tijeras.

Y halla cualquier graduado, de su título en el dorso, una patente de corso para un mar determinado.

Sea la *Univérsidad* una manera de armero, donde sacar el acero que explote á la sociedad.

No estudiéis, no seáis bobos, más que lo que es suficiente para obtener la patente que legalice los robos.

Aprovechad mis consejos; que hoy la falta de conciencia se puede suplir con ciencia. ¡Kompamos los moldes viejos!

Cuando dijo estas verdades expiró Diego Corrientes, y se fueron sus parientes á las *Universidades*.

Donde pasan malos ratos con programas y lecciones, los que van para ratones y los que van para gatos.

RAFAEL TORROMÉ

(1) No aludo aquí á Fé, el famoso librero-editor.

En el tranvía, por TUR



—Cobrador; en la Cibeles pare.

Cosas, por CILLA



—Por ahí pasó Indalecio, de sombrero de copa, é hizo que no me veía. ¡Qué vanidoso! en cuanto se ve vestido con lujo ya se está dando tono.



Ha dos meses que se fueron Emiliano y mi mujer. ¿Dónde estarán tanto rato? ¡No lo acabo de entender!



La he mirado, con mirada de ternura y de pasión, y, claro, ya está cazada; ¡va herida en el corazón!

Palique.

De la candidatura de Ortega Munilla para la plaza vacante en la Academia, ¡qué he de decir yo, sino que me parece de perlas?

Lástima grande que el oficio de padre putativo del idioma haya venido tan á menos, que no pueda ser un envidiable galardón para los méritos de tan notable artista.

Porque esa es la fija. Ortega, si entra en la Academia, no entra por periodista principalmente, como se ha dicho estos días. Muy notable periodista es Ortega; mucho más de lo que saben algunos; porque además de su trabajo ostensible, firmado, puede ofrecer como título de gloria la labor anónima, apenas agradecida, de sus afanes, para llenar días y años, y años, de original jugoso, interesante, las hojas del papel más leído de España.

Mas á pesar de esto, Ortega es ante todo el autor de novelas que han sido y son populares, ricas de estilo, de observación, de sentimiento. Dígalo, por ejemplo, su último libro, historia *natural* de un hogar en que entra la madrastra, historia llena de verdad y de ternura, elégica de tristísima poesía, sentida en un gran corazón de artista.

Por cierto, y dicho sea de paso, y en honor de la modestia de Ortega, que cuando esa novela se publicó yo quise hablar de ella, con el elogio que merecía, en una de mis revistas literarias de *Los lunes del Imparcial*, y el director (Ortega) no insertó el artículo... porque sin duda creyó que su deber así se lo pedía. Error sin duda, pero que honra al escritor humilde que juzga alarde de vanidad lo que es tributo que le corresponde en justicia.

Pero una cosa es que Ortega, como artista sobre todo, deba entrar en la Academia, y otra cosa es que á cada vacante los periodistas den en la flor (ó en la *Fernansfor*) de presentar un candidato de la clase, aprovechando las ventajas de la publicidad de que disponen.

Ahora, los que han propuesto á Ortega, por periodista, dicen que hay que hacer también inmortales á estos señores de la prensa, y ¡claro! cada cual cita á quien le parece. Hay quien habla de Mellado y de Figueroa. ¡Muy bien! Si, los dos son buenos y antiguos periodistas. Pero no son moco de pavo el otro Figueroa, Troyano, Abascal, Moya, Burell, Francos, Bremón, y qué se yo cuántos más, todos los cuales tienen mucho más mérito que no pocos académicos de muchas pretensiones.

Pero si metemos entre los 40 (como decía un revistero, cometiendo un galicismo numérico) á tanto periodista, se van á resentir los meritisimos candidatos de otras clases. Por ejemplo, los oradores. La oratoria también ha sido muchas veces título para la entrada en la Academia. Díganlo Martos, Moret, Rios Rosas, etc., etc. Pues siendo así, ¿por qué no han de ser candidatos *apremiantes*, para la Academia,



Todas las que pasan se quedan prendadas de lo bien que me sienta la ropa y del corte especial de mi cara.

Salmerón, Gamazo, Maura, Pí, Canalejas, Labra, Azcárate, y el mismísimo Romero Robledo?

¿Y los autores cómicos?

Es extraño lo que sucede respecto de esta clase de literatos, con relación á la Academia. Nadie se queja de que nuestro teatro alegre, verdaderamente nacional, no tenga representantes entre los inmortales de oficio.

En Francia, son académicos famosos autores cómicos; porque se juzga, con razón, que este género, difícilísimo, es tan digno como cualquiera de las *verdes palmas*.

Y aquí, donde el público admira y paga más que ninguna otra cosa literaria, las *máscaras alegres*, á nadie se le ocurre que debieran ser académicos, antes ó después, hombres como Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray, Vital Aza, Burgos, Blasco, etc., etc. ¿Por qué no? ¿Se trata de mérito artístico? Esos señores le tienen muy superior al de la mayor parte de los académicos citados. ¿Se trata de escribir correctamente?

Pues Ramos Carrión, v. gr., es mucho más correcto que el marqués ó conde de la Viñaza, que en su discurso de entrada en la Academia, cometía multitud de solecismos, que le señaló con mucha gracia, el crítico de *La España Moderna*, Sr. Baquero.

No es Ferrari de lo peor que hay en la Academia, ni mucho menos. Bueno, pues no publica versos Ferrari en que no se encuentre variedad de desatinos, como he tenido el disgusto de probar infinitas veces.

Hagan ustedes igual experimento en la prosa y en el verso de Aza, Burgos, Vega y verán que no hay de qué.

El público es mucho más crítico, á veces, que ciertos presuntuosos Zoilos, y ha comprendido que tiene más mérito escribir *Los baños del Manzanares*, *Los valientes*, *Los Hugonotes*, *Zaragüeta*, que estudiar el *desenvolvimiento de la sátira* en el siglo *catorce*, sin pensamiento original, y á fuerza de tragar polvo *medieval* en un archivo.

Pero, si he de decir mi pensamiento más íntimo, respecto de la Academia, declaro que en mi sentir, allí debiera dejarse entrar á todos los que quisieran, con tal de pagar religiosamente una cuota, en vez de cobrar dietas.

Así como cuando hay oposiciones á cualquier cosa que paga el Estado, se pide, y se consigue, que se amplie el número de plazas, para que *todo dios* pueda meter la cuchara en el presupuesto, así debiera aumentarse el número de sillones académicos, costeándolos, eso sí, los aspirantes á ellos.

Y ¡qué demonio! Como este mundo aquí se ha de quedar, la Academia debiera alternar sus *tenidas* gramaticales, con bailes y conciertos para las familias de los señores socios; como hace ya la *Sociedad de Escritores y Artistas*, que ha comprendido perfectamente su misión sobre la tierra.

¡Y el Diccionario, que lo parta un... Valbuena!

CLARÍN

El mejor medio.

I

—Padre, soy un pecador que sufre de un modo horrible.

¡Vivir así no es posible; no es posible, no, señor.

Porque me voy á perder si no consigo encontrar un medio para olvidar el amor de una mujer.

¡Ella es mi vida, mi alma, mi bien, mi gloria, mi todo!

—Habla, y veremos el modo de que recobres la calma.

Confía en el porvenir y pide al cielo consuelo, que no ha de negarte el cielo lo que vienes á pedir.

Se trata de una mujer...

—Sí, padre, de eso se trata, de una mujer que me mata con sus desdenes.

A ver, cuéntame lo que ha pasado.

—Pasará, no ha pasado nada.

—Y esa mujer, ¿es casada?

—No, señor.

—Pues no hay pecado.

El querer á una mujer no es acción pecaminosa.

Puedes hacerla tu esposa.

—¡Padre, si no puede ser!

—Tú, joven y enamorado y ella libre...

—Sí, soltera; mas no logro que me quiera, Padre, porque ¡soy... casado!

—¡Qué estás diciendo, hijo mío!

¿Ofendes á Dios así?

¡Arroja lejos de tí ese pensamiento impío!

¡Procura, con fe, vencer ese deseo nefando!

—¿Y cómo, Padre?

—Rezando

y no volviéndola á ver.

II

—Padre, recé con fervor y sólo pude lograr, después de tanto rezar, que se aumentara mi amor.

¡No sé lo que voy á hacer!

¡Nada, nada he conseguido!

¡No puedo dar al olvido la imagen de esa mujer!

—¡Hijo, te estás condenando!

—Lo sé, y por ello me apeno;

mas, ¿qué haré para ser bueno?

—Lo mismo, seguir rezando.

III

—¡Padre, por fin la olvidé,

y ví logrado mi anhelo!

—¡Pediste favor al cielo

y te ha salvado la fe!

¿Recaerás en tu porfía?

—No recaeré; estoy seguro,

porque ya, sólo procuro no encontrarla en todo el día.

—¡Te amparó tu buena estrella!

¿Y cómo pudiste hacer?...

—Nada, murió mi mujer,

¡y me he casado con ella!

DIEGO JIMÉNEZ PRIETO

«¡No más feás!»

¡Soberbio anuncio! Así empieza en letras multicolores:

«Doña Estrella Sol y Flores, profesora de belleza,

vive, calle de la Pasa, —cerca de la Vicaría—

Sólo recibe de día. Da lecciones en su casa.»

¡Si es cierto que da en el quid de la ciencia que hermosea,

no queda una niña fea dentro de un año en Madrid!

Promete, en tono formal, de la malicia á despecho,

dar á un busto contrahecho una curva escultural.

Y sin hormas ni postizos, porque desprecia las hormas,

dar redondez á las formas aumentando sus hechizos.

El pie largo, hacerle breve, la mano grande, pequeña;

la tez oscura, ó trigueña, convertirla en rosa y nieve.

De los ojos, los anteojos seguir de la interesada,

corrigiendo la mirada y el lenguaje de los ojos.

Que en repertorio selecto tiene miradas esquivas,

lánguidas, provocativas, y todas de gran efecto.

Las tristes, las de pasión, las de «siempre te querré»

y aquellas tan dulces, de Purísima Concepción.

¡Oh! ¿Quién se atreve á hacer mutis mirando con tal ternura?...

¿Y la suave tersura que dice que presta al cutis?...

¡Aun de las viejas entecas dejar la piel satinada,

fresca y aterciopelada sin arrugas y sin pecas!...

¡Corregir á la Creación que trabaja torpe ó ciega,

convirtiendo en nariz griega una de perro pachón!...

¡Encontrar en tal sistema, que es el arte de agradar,

el modo de bostezar con elegancia suprema!

¡Enseñar, sin ser deslíz, á lucir las pantorrillas,

y á mover las ventanillas rosadas de la nariz!

¡Quitar el vello traidor que el rojo labio sombrea,

consiguiendo que éste sea todo un labio superior...

Y enseñar, ¡quizá con mengua de algún profesor liviano,

los modos de dar la mano, y los de mover la lengua!

¡Salve, ilustre profesora! Si como tu anuncio reza

truecas en dulce belleza la fealdad aterradora,

una estatua erigrán los hombres á tu memoria,

perpetuando tu gloria en los siglos que vendrán!...

¡Bendita mil veces seas! Y ante tu anuncio famoso,

¡Gracias á Dios! ¡Ya no hay feás!

E. NAVARRO GONZALVO

Malagueñas, por I. MEDINA VERA



—¡Ni el canario más sonoro!...

(Ti, piri piti; ti, piri pitón...)

—¡Olé, mi niño!...